

AYER NOCHE EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO

Ambiente de apasionamiento para la «Andrea Chenier» cantada por Richard Tucker

Ayer aplaudimos la reposición de «Andrea Chenier», no sólo por los méritos de los intérpretes —el excepcional tenor norteamericano Richard Tucker y un buen reparto de artistas nacionales—, sino también por la obra en sí misma. Esto no quiere decir que debamos aceptar una realidad: «Andrea Chenier» es una ópera típicamente «de segunda fila». Así fue considerada cuando se estrenó (Milano, 1896), porque a cualquier compositor le hubiese sido muy difícil o imposible sobreponerse a la gloria de Verdi, entonces en su plenitud, y al enorme impacto que produjo la aparición de Puccini quien dio a conocer «La Bohème» en el mismo año —el citado 1896— en que Umberto Giordano presentaba su cuarta producción operística en el teatro lírico milanés y que Mascagni saboreaba ya el triunfo de su «Cavalleria Rusticana» y atraía la curiosidad con «Zanetto», su sexta pieza teatral, en aquellas fechas aplaudida en Pésaro.

Actualmente, «Andrea Chenier», de Giordano, sigue viviendo a la sombra de los éxitos de sus contemporáneos, pero tiene la ventaja de no haber descendido en el escalafón de valoraciones. Hemos aprendido a prescindir de sus debilidades, del aspecto blando y retórico de su música y del moderado vigor dramático de su acción, a la vez que hemos logrado asirnos a sus evidentes cualidades: un aceptable vuelo lírico en el dibujo de su melodía, una hábil dosificación de efectos teatrales, una orquesta tratada con buen gusto y equilibrio y, en definitiva, una buena dosis de substancia «verista» que se intensifica en los puntos clave de la realización: el improviso del tenor en el primer acto, el monólogo «Nemico della Patria...», el racconto de Maddalena «La mamma morta...», uno de los más intensos fragmentos de la soprano, el dúo del segundo acto y el que precede al desenlace final y otros fragmentos, los cuales consiguen que cuando la atención del espectador está a punto de decaer, se galvanice por obra y gracia de la morbidez melódica, que es el valor más acusado de la partitura.

«Andrea Chenier» es además la mejor producción de Giordano, puesto que «Fedora» está por debajo de la primera y las otras diez óperas que compuso han sido olvidadas, lo que nos hace suponer que no merecen tenerse demasiado en cuenta. «Andrea Chenier» es, por lo tanto, lógico que asome periódicamente en el Liceo, máxime cuando esto no sucede con demasiada frecuencia (vimos la obra en 1953, con Filipeschi y la Caniglia, y hace cuatro años, con Bruno Prevedi y Lucilla Udovich, con lo que ahora, cuando se cumple el centenario del compositor, habrá alcanzado en total una veintena de representaciones en nuestro escenario).

La nota más viva en la representación de ayer fue la presencia del tenor Richard Tucker en el papel protagonista. Su inolvidable «Ballo in maschera» de dos temporadas atrás motivó que su vuelta fuera esperada con auténtica expectación, que se tradujo en una especie de nerviosismo en el público después de cada una de sus intervenciones en la obra. Richard Tucker es un gran profesional. Esta vez hemos encontrado su voz menos profunda de timbre de lo que esperábamos, pero, en cambio, su dominio de facultades, la manera de emplearla, de dosificarla, de reservar sus posibilidades para los momentos de máxima bravura, nos ha maravillado más que nunca. El tenor norteamericano canta con una vehemencia en la dicción vocal y en el gesto que a veces parece buscar en el latiguillo efectista el aplauso fácil, pero no es así, porque, por encima de todo, se manifiesta siempre su ca-

tegoría de artista que sabe lo que exige la escuela verista y se entrega de pleno a este peculiar estilo.

Ayer, en el primer acto quedó un poco circunspecto en la expresión, pero en el segundo no regateó sus posibilidades de elocuencia, y después del citado improviso «Un dì all'azzurro spazio» desencadenó un verdadero alboroto de aplausos y gritos que al finalizar el acto se reprodujeron multiplicados por la interferencia de algunos protestarios, lo que motivó que al encenderse las luces, al aparecer frente a la cortina, al lado de Carmen Lluch, y aun después, se prolongara la polémica y las manifestaciones, que terminaron con una encendida ovación general. Al terminar la obra el éxito de Richard Tucker fue definitivamente consolidado por la mayoría de sus apasionados partidarios.

En «Andrea Chenier» no es sólo el tenor quien puede lucirse. Aunque Tucker polarizó los entusiasmos, la buena disposición del público se inclinó también hacia los artistas que representaban los demás papeles principales. La soprano Carmen Lluch supo manifestar su calidad centrada en un registro vocal de gran claridad y potencia, sobre todo en los agudos. En todo momento fue escuchada con interés, pero en su preponderante intervención del tercer acto (donde Maddalena evoca «La mamma morta...»), estuvo extraordinariamente bien de voz y de empuje lírico.

Manuel Ausensi, en el rol de Gerárd, fue también en el tercer acto donde dio toda la dimensión de su talento de cantante —como siempre espléndido de voz— y actor. El reparto de la obra es muy extenso y fue servido por el resto de los cantantes con acierto remarcable, destacando en especial Montserrat Aparici —que dijo con acusado dramatismo el solo de «Madelon»—, Enrico Fissore (Rouher), Isabel Rivas (Bersi) y Teresa Batlle (la Condesa).

El coro se produjo con especial movilidad y desde el punto de vista musical se mantuvo cohesionado. El ballet ornamentado con acierto el primer acto y todos obedecieron a la batuta del maestro Laszlo Halasz, que otras veces ha dirigido en el Liceo y siempre ha sabido imprimir fuerza e impulso a la marcha de la representación. Esta vez consiguió también un alto rendimiento de la orquesta, sincronizándola eficazmente con los cantantes. A él correspondieron también los aplausos generales, aunque muchos fueran para los protagonistas vocales y los espectadores apasionados hicieron lo imposible para que quedara patente que iban destinados a Tucker.

Mención especial merece la puesta en escena de Dario dalla Corte (el mismo registra que preparó el montaje de «Lucia de Lammermoor»). Así como en la ópera de Donizetti consideramos que con su sintetización escénica y manipulación luminotécnica había evaporado parte de las viejas esencias de la obra, en esta «Andrea Chenier» creo que ha conseguido una feliz estilización ambiental. El tema de la revolución francesa rinde mucho en el teatro porque es colorista y decorativo. Dalla Corte lo ha aprovechado y a base de pocos elementos y muy acertada combinación luminica ha logrado sugerir perfectamente los diversos climas de la obra, cuidando además —y esto fue bien visible— de la movilidad de los personajes y los conjuntos, preveyendo cada situación para hacerla plásticamente teatral. Hubo también para él felicitaciones. La velada en resumen mantuvo considerablemente despierta la atención, la curiosidad y el apasionamiento de la mayoría de los espectadores que llenaron el teatro. — X. MONTSALVATGE.

UN NUEVO PROGRAMA DE LA ORQUESTA CIUDAD DE BARCELONA

Un programa ponderado, variado e interesante como el último ofrecido por la Orquesta de la Ciudad bajo la dirección de Ros Marbá, parecía destinado a llamar la atención a un público más numeroso que el reunido el viernes en el Palacio de la Música. Echemos la culpa de esta falta de concurrencia a las tentaciones que presentaba el «puente» entre dos fiestas y esperemos que el matinal de hoy, a pesar de todo (y de la ausencia del trompetista Maurice André, que ha debido marcharse precipitadamente a causa de la muerte de su padre en París, que se produjo mientras el artista participaba en el concierto del viernes), obtendrá la habitual buena acogida que siguen teniendo las audiciones populares de los domingos. Los aludidos atractivos del programa (aunque supongo deberá sufrir alguna variación) y la excelente realización que del mismo consigue Ros Marbá y la orquesta merecen un éxito absoluto y nos impulsan a recomendar la asistencia al acto.

El viernes, el concierto empezó con la Obertura de Couperin, que Darius Milhaud vistió de gala arropándola con una fastuosa instrumentación que da a la música del compositor símbolo de las delicadezas y gracias del siglo XVIII francés, una pompa y un énfasis exagerados pero no desagradables. La obra fue interpretada con la debida suntuosidad que contrastó con el simple, breve y —¿por qué no decirlo?— pobre trazo de un Concierto de Giuseppe Torelli, para trompeta y orquesta, reliquia histórica de los primeros «concerti grossi» anteriores al genio definitivo de Corelli, pieza útil para que un trompetista pueda prepararse con lo que estos instrumentistas llaman «hacer labio» en vistas a una pieza mucho más completa como fue en este caso el «Concierto en si bemol mayor», también con trompeta solista, de Haydn, partitura que es ni más ni menos uno de los mejores conciertos (y el último que escribió, en 1796) el autor de cerca veinticinco obras magistrales de este género.

En la música de Torelli, el trompeta

francés Maurice André, revelóse como un seguro dominador del instrumento, pero fue como solista de la de Haydn que descubrimos en él cualidades de excepción: un sonido de una suavidad, una pureza y una flexibilidad invariablemente dócil a todos los matices expresivos que el artista supo dosificar con un criterio de auténtico refinamiento. Fue una delicia escucharle sobre todo el Andante, del que dio una versión admirable. En el Allegro final puede que hubiésemos deseado un mayor fulgor sonoro en el solo, pero no importa; terminó la obra y aplaudimos todos durante un buen rato conscientes de haber conocido a un concertista de primer orden.

Intercalada entre las obras de Torelli y Haydn, cuya parte de acompañamiento Ros Marbá mantuvo en un plano sonoro muy justo, fue escuchada la suite de «Don Quijote», un ballet que Robert Gerhard compuso en 1940, poco tiempo después de llegar a Inglaterra, donde ha residido desde entonces y que diez años después la compañía del Sadler's Wells incorporó a su repertorio.

El «Don Quijote», de Gerhard, es un ejemplo de música de circunstancias, de complemento funcional para un espectáculo coreográfico. Su factura es excelente, llena de contrastes, de sugerencias visuales y hasta en cierto modo de tipismo a la manera (considerablemente alambicada, claro) de el «Tricornio», de Falla o las piezas escénicas de Bartók. Aunque Joaquín Homs nos habla en el programa de la presencia de una serie dodecafónica en la partitura, la fórmula —si existe— queda sumergida en una atmósfera tonal apenas burlada con los incisos de unas disonancias que aderezan el lenguaje armónico sin desfigurarlo del todo su clara línea tradicional. «Don Quijote» no explica la compleja e interesantísima personalidad de Gerhard ni su irrevocable adhesión a una estética mucho más abstracta que la que emana de esta partitura y que en cambio se manifiesta en casi la totalidad de sus obras posteriores e incluso anteriores al ballet en cuestión. Revela pero con igual elocuencia su imaginación creadora y un dominio de la materia orquestal, pocas veces superado por otros compositores de su generación y de nuestro país, por lo que podemos afirmar que la audición de la obra ha resultado de un atractivo máximo.

En la música de Gerhard y en la polícroma cautivadora de la «Rapsodia Española», de Ravel —prodigiosa traza, figuración de una «españolada» en puras esencias musicales—, la Orquesta de la Ciudad dio su mejor rendimiento, que cada día parece posibilitar mayores alcances. Ros Marbá, en ambas obras, pareció más atado a la morfología de las partituras que en conciertos anteriores, pero esta atenta vigilancia a lo escrito y a la obligación de transmitirlo con su gesto no le coaccionó, sino todo lo contrario. Su entrega a la expresión, el ritmo y el significado emocional de cada frase, de cada episodio de las obras, fue total, y la interpretación, gracias a su mando —por otra parte de una claridad y precisión definitivas—, no perdió en ningún momento una elevada tensión. En la «Rapsodia», de Ravel, logró efectos de fluidez, mixturas colorísticas y ductilidades en el claroscuro sonoro que llegaron a impresionarnos. La efusividad de los aplausos con que fue premiado —él y la orquesta— acreditan que el público captó todo el acierto de estas interpretaciones.

X. M.

NAVIDAD PARA TODOS. El domingo, día 10, colecta en los templos. Organiza y distribuye Cáritas Diocesana. T. 222-86-30

PRELADOS EN EL FUNERAL DEL CARDENAL SPELLMAN



Numerosos prelados de la Iglesia Católica entran en la Catedral de San Patricio de Nueva York para asistir al funeral por el cardenal Francis Spellman. De izquierda a derecha, primera fila: obispos Donnellan, Kellenberg y Fulton Sheen; cardenales Cody, de Chicago; Conway, de Irlanda; Roy, primado del Canadá; Sheenan, de Baltimore; Cushing, de Boston y arzobispo McGuire. Segunda fila: obispos McNulty, Boardman y Cunningham, y cardenales Krol, de Filadelfia, Heenan, de Westminster y McIntyre, de Los Angeles (Foto AP - Europa)

Ajedrez: LARSEN SIGUE LIDER EN EL III TORNEO INTERNACIONAL DE PALMA

Ciudadela, 9. (Por teléfono de nuestro enviado especial)

El III Torneo Internacional de Ajedrez de Palma de Mallorca se ha desplazado, este fin de semana, a la hermana isla de Menorca, donde existe un núcleo muy numeroso de aficionados. Ha sido un gesto realmente bonito, el que ha llevado a cabo la organización de este magno certamen y que ha sido acogido por los menorquines con un entusiasmo sin límites. Porque desde las autoridades, hasta los Coros y Danzas de la Sección Femenina, todo el pueblo de Ciudadela ha agasajado hoy a los jugadores y organizadores de este torneo.

De las partidas aplazadas de la ronda de ayer, Botvinnik venció a Matulovic, Diez del Corral perdió ante O'Kelly y terminó en tablas la partida Medina-Bednarsky.

Esta tarde se ha disputado la undécima ronda, en la que se registraron los siguientes resultados: O'Kelly-Damianovic, tablas; Bednarsky-Diez del Corral, tablas; Gligoric, 1-Medina, 0; Donner, 0-Botvinnik, 1; Portisch-Ivkov, tablas; Jiménez-Calvo, tablas; Larsen, 1-Tatai, 0, y quedaron aplazadas las partidas Lehmann-Smyslov y Matulovic-Torán.

Larsen ha vuelto a jugar hoy una partida plena de dominio, pese a la tenaz resistencia que le opuso el maestro italiano Tatai.

Botvinnik, con las negras, consiguió un final en el que Donner dejó escapar un fácil empate.

Rápidos empates, se produjeron en las partidas Jiménez-Calvo y Bednarsky-Diez del Corral, que se ma tuvieron siempre muy equilibradas.

O'Kelly consiguió posición muy superior, pero no acertó en el remate y Damianovic pudo salvarse con tablas.

Gligoric jugó una buena partida po-

sicional frente a Medina y consiguió ventaja ayudado al final, por un error del maestro español, que pudo ofrecer mayor resistencia.

Torán jugó una buena partida táctica frente al gran maestro yugoslavo Matulovic. Tras una interesante combinación, Torán ganó material y debe imponerse sin dificultades en la reanudación de la partida.

Smyslov tiene posición ganadora en su partida pendiente con Lehmann.

La clasificación, a falta de estas dos partidas pendientes, prácticamente decididas ya, ha quedado establecida del modo siguiente:

1, Larsen, 9'5; 2, Botvinnik, 8'5; 3, Smyslov, Gligoric, e Ivkov, 7; 6, Portisch, 6'5; 7, Diez del Corral, 6; 8, Lehmann y Matulovic, 5; 10, Torán, O'Kelly, Donner y Damianovic, 4'5; 14, Bednarsky y Calvo, 4; 16, Medina y Tatai, 3'5; 18, Jiménez, 2'5 puntos. — Roman TORAN.



PRESENTA AHORA EN ESPAÑA LA BOMBA SUMERGIDA ADOPTADA EN EL MERCADO COMUN

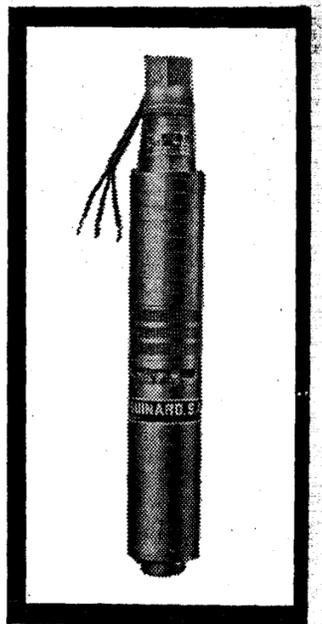
■ FACILIDAD DE INSTALACION

■ SEGURIDAD DE FUNCIONAMIENTO

Motor especial concebido para funcionar sumergido. Sin carga hidráulica sobre el grupo.

■ ENTRETENIMIENTO NULO. Asientos de la bomba lubricados por agua.

■ PERFECTO SERVICIO POST-VENTA



GUINARD, S. A.

BARCELONA: Pza. Narciso Oller, 9 - Tels. 227.24.78-228-19.36
MADRID: Méjico, 9 - Tels. 255.64.19-256.59.00